

EL OBSERVADOR CIEGO

Hacia una teoría cibernética del sujeto

Marco Bianciardi

Un interrogante planteado por Gregory Bateson

La teoría de sistemas y la práctica clínica en terapia familiar no pueden hoy no confrontarse con la revolución epistemológica producida por la cibernética de segundo orden, es decir, con el radical reconocimiento de la función del observador en la construcción de la realidad observada (4, 6, 7, 8, 11, 13).

En relación a este reconocimiento, el individuo está nuevamente al centro del universo, pero lo está en modo problemático, de manera totalmente nueva: ya no al centro del Universo, sino que al centro del multiverso (7), es decir, de una clase de universos, clase cuyos elementos son teóricamente de número infinito. Puesto que es el observador quien crea el universo que conoce, existe un universo para cada observador.

La realidad, por lo tanto, no es cognoscible en modo objetivo; y esto no se debe a una carencia en los instrumentos de observación, en los conocimientos, en las perspectivas del observador, sino que por una implicación lógicamente necesaria. El problema de la objetividad, de hecho, tampoco puede ser planteado en cuanto la realidad no puede ser más concebida como independiente del modo en que el observador la organiza. La realidad conocida es siempre una 'realidad': no existe una realidad conocida que no sea una 'realidad' para un observador¹.

En este sentido, es posible afirmar que la teoría y la clínica sistémicas deben reconocer, hoy, que no se ocuparán de sistemas, sino de 'realidades'. Así también los sistemas observados, en efecto, son una 'realidad' para un observador, son, entonces, 'sistemas' construidos por el teórico o por el clínico sistémico. No existen, por ende, sistema humanos, sino solo 'sistemas' en la cabeza de observadores sistémicos. 'Sistema' es el constructo de un observador que computa un grupo humano como un sistema.

Al interior de este nuevo paradigma epistemológico, el redescubrimiento del sujeto es una necesidad interna al enfoque sistémico mismo. De hecho, ya que cada realidad es una 'realidad' para un observador, la 'realidad' no puede ser examinada sin considerar al observador, es decir, el modo según el cual la así llamada 'realidad' se construye. Los procesos de decodificación de la realidad, o el modo en que el observador computa la 'realidad', no pueden ser más considerados incognoscibles, en relación a la metáfora de la 'caja negra'. La renuncia a considerar los procesos según los cuales la realidad se construye por el observador, implica la renuncia de la posibilidad misma de cada conocimiento, sea teórico, sea clínico.

El interés que los teóricos y los clínicos sistémicos han recientemente mostrado por el individuo no puede, por lo tanto, ser considerado casual o temporáneo. El reconocimiento de la centralidad del observador por parte de la cibernética de segundo orden conlleva necesariamente la atención en el ser humano como observador de la 'realidad' y como observador de sí mismo.

El objetivo de este trabajo es verificar si la cibernética de segundo orden permite hablar de la subjetividad individual a partir de los presupuestos lógicos que le son propios. Se trata, por lo tanto, de verificar si es posible *una teoría cibernética del sujeto*: una teoría, esto es, que permita

Traducción libre de Ignacio Célery S., Psicólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. (2010). Mail: icelery@gmail.com.

1 Usaremos las comillas cada vez que queramos enfatizar que el "nombre no es la cosa nominada" (1), sino que es el cómputo que hace el observador (8).

hablar del sujeto individual evitando confusiones lógicas y terminológicas, evitando tomar en préstamo conceptos provenientes de diferentes enfoques epistemológicos, y manteniéndose, por ende, con coherencia al interior de una lógica cibernética y de la teoría sistémica.

Una teoría cibernética del sujeto deberá proponerse desde el punto de vista de la circularidad cibernética del viviente. Deberá, por lo tanto, describir las características lógicas del proceso según el cual un individuo biológico se pone a sí mismo como observador, o como sujeto individual, al interior de la circularidad sistémica de los eventos y de los procesos. En otros términos, una teoría cibernética del sujeto deberá buscar dar una respuesta al interrogante planteado por Gregory Bateson: cuando se pregunta sobre "... la curiosa distorsión de la naturaleza sistémica del hombre individual, por efecto de la cual la conciencia es, casi por necesidad, ciega frente a la naturaleza sistémica del hombre mismo" (1).

En el intento por responder a esta pregunta me ha parecido útil retomar el hilo de las reflexiones de Bateson, descubriendo que sus escritos, nunca banales o simplificadores, son ricos en ideas que anticipan sea una cibernética de segundo orden, sea el problema del observador.

Respecto de una relectura del pensamiento de Bateson a la luz de una cibernética de segundo orden, ya he planteado que el concepto de niveles metalingüísticos de la comunicación (1) puede ser considerado fundamento lógico de la distinción entre mapa y territorio, entre 'realidad' y realidad, y por lo tanto, de la reflexividad lógica entre comunicación y 'realidad' humana (3).

Las reflexiones de Bateson sobre la personalidad individual como conjunto de premisas lógico-emotivas (1) nos guiarán, en cambio, al proponer un estatus lógico del sujeto según la epistemología de una cibernética de segundo orden.

La distinción lógica entre mapas y premisas

El individuo biológico se pone como observador humano al momento en el que se pone como sujeto de mapas individuales: en el momento en que computa, puntúa, la circularidad de los procesos en que participa. El infante (in-fans: que no habla) se pone como hombre desde el momento en que habla, es decir, construye mapas (12).

Desde el punto de vista de una lógica cibernética, que presuponga la 'realidad' como construida por el observador, el observador se define como observador de mapas individuales lógicamente arbitrarios (1).

Se trata obviamente de una tautología: no se da 'realidad' o realidad conocida, o en definitiva realidad humana, sin un observador; por otra parte, no se da observador sin realidad observada, es decir, sin una 'realidad'.

Para hablar de estatus lógico del observador es necesario ir más allá de la tautología, y retomar a Bateson allí donde introduce la distinción lógica entre mapas y premisas.

No se construye un mapa si no en base a una premisa; no se selecciona y no se organiza una 'realidad' observada si no según una modalidad de organizarla; no se puede puntuar la circularidad de los eventos si no es siguiendo patterns específicos de puntuación.

Nótese que la arbitrariedad misma de las 'realidades' humanas implica como lógicamente necesario un nivel de premisas. De hecho, una figura vista en una mancha de tinta no es *la* mancha, sino solo un elemento de una clase de figuras teóricamente de número infinito (1); por esto cada figura específica presupone una modalidad específica de ver la mancha, o de organizar la percepción. Del mismo modo, puesto que un mapa es una puntuación de los eventos de por sí arbitraria, y es solo una de las posibles puntuaciones, implica una modalidad peculiar de organizar y subdividir los eventos.

Cada mapa, por lo tanto, presupone lógicamente un nivel de premisas, que guían implícitamente al observador en la construcción del mapa.

Nótese que, donde se renuncia a cada posible referencia a la objetividad, es necesario

establecer un nivel lógico pre-establecido, pre-supuesto [*pre-posto*], ante-puesto [*pre-messo*] justamente, a cualquier observación: si no es el objeto que informa la observación, es necesario hipotetizar que la observación sea in-formada, o formada, según premisas implícitas.

Esto no significa, sin embargo, que las premisas existan. Al contrario, en rigor, lo que existe para el observador son solo los mapas cocreados desde y en el proceso comunicativo: los mapas existen (literalmente: 'están por', 'son traídos por', 'e-mergen') respecto de la realidad circular de los procesos y de los eventos. Continuamente un observador del observador (y, por lo tanto, también un observador que se observa a sí mismo) debe hipotetizar un nivel de premisas implícitas que actúan al guiar al observador en el cómputo de la realidad. Mi mapa del observador (incluido mi mapa de mí mismo) comprende una hipótesis sobre las premisas del observador. Las 'premisas', en definitiva, son solo hipótesis de un observador del observador.

Lo que implica que una teoría debe fundarse sobre la distinción lógica entre mapas y premisas, sobre la hipótesis de un nivel de deuterio-aprendizaje en la construcción de la 'realidad' (1).

La distinción observador/observado como distinción originaria.

El ponerse del individuo biológico como sujeto de mapas individuales implica ante todo una premisa fundante del observador, una premisa originaria desde un punto de vista lógico, respecto de la subjetividad y respecto de cada observador.

Se trata de la distinción observador/observado.

Tal distinción, como cada distinción en la circularidad de los procesos, es de por sí arbitraria; al mismo tiempo es lógicamente necesaria en la emergencia de la subjetividad.

A propósito de la arbitrariedad de la distinción observador/observado, recuerdo cuánto Bateson dice a propósito de la mente, y cómo los confines de la mente no se identifican en absoluto con los confines de la experiencia corpórea – recuerdo entonces cómo Bateson propone una ecología de la mente (1).

Por otra parte, solo conjugando "yo" distinto de "tú" (y distinto por un mundo) hay emergencia, ex-istencia, del sujeto en la circularidad de la cual el individuo biológico es parte. Esta observación nos remite a las consideraciones sobre los niveles meta-lingüísticos de la comunicación (3): puesto que "yo" no corresponde en absoluto a la experiencia circular en la que el individuo está inmerso [*è preso*], diciendo "yo" el individuo se aliena, y para siempre, de la propia experiencia inmediata; por otra parte, solo diciendo "yo" el individuo pone una distinción que funda la propia subjetividad, es decir, precisamente, su ser sujeto de mapas individuales de la realidad, su ser observador.

Por lo tanto: desde el punto de vista de una lógica cibernética la distinción observador/observado es arbitraria, es una distinción ni verdadera ni falsa; pero sin tal distinción no hay sujeto, no hay observador: es la distinción que funda la subjetividad, el ponerse como observador; es pre-misa² del observador en el sentido literal de que viene antes, que es pre-misa a cada observación.

Esto implica que el observador no puede ser observador de la propia relación con la premisa que lo constituye, en la misma manera como nuestros ojos no pueden observar el cuerpo desde fuera.

Esto nos permite enfatizar el sentido radical según el cual se puede entender el término pre-

² El término original es «*pre-messa*», su traducción literal sería: '*pre-puesta*', o bien, igualmente válida y recuperando el verbo italiano, pero, no obstante, bastante menos elegante: '*pre-metida*'. Si bien el término '*pre-misa*' no refleja la idea ni tiene la fuerza del original, se optó, sin embargo, por mantenerlo siempre y cuando se considere a la luz de esta apreciación y no se entienda como un término directamente equivalente, y, además, para conservar el sentido del tema. [N. del T.]

misa. En este sentido la distinción observador/observado (que, en tanto arbitraria, no puede ser eludida) es también absoluta: al comentarla, lejos de eliminarla, la confirmamos; y esto en cuanto, al reconocer que es arbitraria, no podemos sino hacerlo a partir de tal distinción misma, es decir, en tanto observadores.

El status lógico del observador: el observador ciego

En este punto podemos establecer el status lógico del observador, podemos plantear, es decir, lo que caracteriza de modo necesario e irrenunciable al observador según la lógica de una cibernética de segundo orden.

1. El observador es sujeto de mapas de la realidad, los que son lógicamente necesarios, en cuanto no pueden tener alguna validez objetiva, ni algún punto firme en la recursividad presente entre comunicación y 'realidad' (3);
2. El observador es sujeto a partir de una distinción arbitraria, la cual lo precede lógicamente en cuanto pre-misa de la observación; en este sentido la distinción originaria es, para el observador, absoluta (incluso cuando es comentada, no puede ser eludida, superada, eliminada);
3. El observador, por lo tanto, es ciego, y lo es en modo necesario, a la arbitrariedad de la distinción que lo precede lógicamente: cada nueva observación de hecho viene organizada a partir de la distinción originaria misma. Respecto de la distinción observador/observado, por lo tanto, el observador es ciego y no sabe que lo es;
4. Más que ciego, por ende, el observador es sordo: en el sentido preciso de que no puede recibir informaciones respecto de la distinción que lo funda. De hecho, al nivel de tal premisa lógica, cualquier información es leída, computada, puntuada, a partir de tal información misma, es decir, en cuanto observador;
5. En fin, el observador no tiene tiempo: la premisa que funda la observación es inmodificable e inextirpable; la dialéctica comunicación-realidad está, en este nivel, ausente: la 'realidad' de la distinción observador/observado está antepuesta [*preposta*] a cada otra 'realidad', es absoluta y sin tiempo.

Como ya hemos notado ya Bateson observaba que “la conciencia es, casi por necesidad, ciega frente a la naturaleza sistémica del hombre mismo” (1). Agregamos que tal ceguera, lejos del asombro, debe ser reconocida inevitable y necesaria.

La ceguera lógica hacia la arbitrariedad de la distinción observador/observado funda la posibilidad misma de la observación. El individuo puede ponerse como observador solo a partir del desconocimiento de la arbitrariedad lógica de cada punto de vista individual. El observador puede ser observador solo en cuanto es ciego.

Premisa originaria y premisas lógico-emotivas

Es necesario en este punto distinguir bien, desde un punto de vista lógico, entre la premisa que funda la subjetividad (la distinción observador/observado) y las premisas lógico-emotivas de las que habla Bateson (por ejemplo, la premisa fatalista apuntada por Bateson, en base a la cual cada nueva experiencia es puntuada en modo fatalista, confirmando un mundo de tipo pavloviano (1); o la premisa paranoide, según la cual el sujeto puntúa la experiencia en términos persecutorio).

La premisa originaria es lógicamente necesaria, no es eludible; las premisas lógico-emotivas no son igualmente necesarias desde un punto de vista lógico; sin embargo, tenemos que reconocer que son siempre repetibles desde un punto de vista pragmático. Se puede hipotetizar que la premisa

originaria se conjuga según premisas lógico-emotivas que son peculiares a cada uno.

Preguntémonos entonces porqué. Es necesario notar que la distinción observador/observado no proviene del vacío, sino al interior de relaciones significativas primarias en las que el individuo está inmerso bien antes de colocarse como sujeto humano. En otros términos: se trata de una distinción originaria solo desde un punto de vista lógico, pero, desde un punto de vista temporal, es más bien el resultado de un deuterio-aprendizaje típicamente humano, a partir de *patterns*, o de los contextos de interacción, propios de cada individuo.

En el momento en el que el infante dice “yo”, y distingue entre sí mismo y el mundo, la subjetividad no emerge en estado puro, por así decir, sino conjugada según atributos individuales que son abstraídos de los *patterns* de relaciones precoces. El “yo” en el que el infante se aliena haciéndose ‘hombre’, o sujeto, no emerge simplemente como “yo”, sino, por ejemplo, como “yo fatalista”, donde ‘fatalista’ es un atributo que abstrae desde un contexto específico relacional, en base a una puntuación que, sin embargo, es siempre arbitraria.

De manera paralela es creado un ‘mundo’. Ya que la emergencia de la subjetividad se funda sobre la distinción observador/observado, poniendo al observador se pone lo observado: al poner el “yo” se pone, paralelamente y necesariamente, un ‘mundo’ que le está correlacionado. Y ya que, como recién vimos, el yo emerge como conjugado según puntuaciones individuales, también el mundo de cada uno viene creado inmediatamente con características peculiares.

La distinción originaria observador/observado es, por ende, una distinción yo/mundo solo desde un punto de vista teórico: desde un punto de vista pragmático, en la historia de cada sujeto, ésta debe ser explicitada, por ejemplo, como sigue:

(a) “yo” (b) fatalista / (c) mundo (d) pavloviano

donde tenemos: (a) la distinción originaria del observador (“yo”); (b) el atributo en la que esta se conjuga (fatalista); (c) lo observado desde lo cual el observador se distingue (mundo); (d) la característica según la cual el mundo se pone para el observador (pavloviano).

Notamos ahora que ‘fatalista’ es un atributo en el que el observador se conjuga originariamente: esto adquiere entonces las mismas características lógicas de la premisa que funda al observador; resulta, es decir, para el observador, igualmente absoluta e inmodificable. Desde el punto de vista del observador, por lo tanto, se tiene:

observador (fatalista) / mundo pavloviano

donde ‘fatalista’ cae y es creado un mundo pavloviano.

En otros términos, y retomando el ejemplo propuesto: respecto de la puntuación fatalista de los eventos el observador resulta igualmente ciego, sordo y sin tiempo, en tanto lo es en relación a la distinción observador/observado que lo funda como sujeto. La visión fatalista del mundo devino pre-misa, igualmente impenetrable para el individuo en cuanto lo es la premisa originaria, aunque no igualmente necesaria desde un punto de vista lógico.

Los tres niveles lógicos de la realidad

Se crea de este modo, para el sujeto, un nivel de Realidad.

Las premisas lógico-emotivas, que – en cuanto pre-misas – son, para el observador, absolutas, se vuelven, por así decir, atributos del territorio, del mundo, de la realidad.

Por ejemplo, hasta que las observaciones del hombre se tuvieron sobre la premisa de que la tierra era plana y que el sol giraba en torno a la tierra, estas no eran hipótesis, eran simplemente *la*

realidad. Si el hombre organiza la propia experiencia a partir de la premisa de que la tierra es plana, para el hombre la tierra *es* plana.

Una premisa del observador es, por definición, no reconocida por el observador; en tanto pre-misa, de hecho, esta lo precede. Por esto, lo que es premisa para el observador se sitúa, para el observador, objetivamente en la situación observada. Las premisas del sujeto están, para el sujeto, objetivamente en el territorio: son características objetivas del territorio.

En este sentido las premisas son más reales que la realidad. Cada premisa crea un mundo Real, una Realidad, que indico con mayúscula con el fin de distinguirla de la realidad fuera de nosotros, que es de por sí incognoscible.

En la realidad observada y descrita por un observador debemos por lo tanto distinguir tres niveles lógicos:

1. la realidad objetiva, por definición no conocible para el observador, ya que, en cuanto observador, abstrae no obstante mapas, 'realidades', según puntuaciones en sí arbitrarias;
2. la 'realidad', o mejor las 'realidades', cocreadas desde el proceso comunicativo: en cuanto mapas de la realidad, son pasibles de cambio, pueden recibir informaciones, no son absolutas e inmodificables;
3. por último, la Realidad designada con la mayúscula al indicar las características lógicas de absoluto, de impenetrabilidad, no decibilidad e inmodificabilidad, en cuanto antepuestas [*preposte*], desde un punto de vista lógico, a cada mapa, a cada observación y descripción de la realidad. Es la Realidad puesta desde las premisas individuales.

La relación dialéctica entre mapas y premisas, entre 'realidad' y Realidad, es lo que constituye y caracteriza al sujeto humano; adelanto la hipótesis de que el síntoma se coloca al nivel de tal dialéctica entre mapas y premisas lógicas, entre 'realidad' y Realidad del sujeto. Desde lo que se ha revisado hasta el momento, de hecho, parece claro que poner en duda las premisas (o articularlas como mapas en sí arbitrarios, reconocidas como tales y por lo tanto relativas y modificables) significaría para el sujeto poner en duda la distinción originaria misma observador/observado; y esto en tanto tal distinción se ha puesto originariamente, o ha emergido, según tales puntuaciones.

El síntoma entonces se manifestaría donde el contexto requiera que una premisa sea puesta en discusión. Por ejemplo, cuando un hijo que crece pone, por esto mismo, en duda, o en crisis, la premisa según la cual el amor de la mamá es siempre Amor (es decir, un amor absoluto), más que ser 'amor' (es decir, una definición de la relación recíprocamente definida y no obstante siempre arbitraria y relativa (3)).

El 'otro y el Otro.

Es necesario en este punto explicitar otro aspecto del ponerse del individuo como observador humano.

Hemos visto que la subjetividad humana no es un dato biológico, sino que emerge como resultado de un proceso de deuterio-aprendizaje en contextos relacionales primarios al interior de los cuales el infante aprende una lengua. Es de hecho el lenguaje que hace del infante un 'hombre'; y esto en tanto el lenguaje permite la creación de 'realidad', o de mapas, que adquieren una propia independencia de la circularidad de los eventos biológicos de los que el individuo participa (12): entre estas 'realidades' está también el "yo" en el que el infante se aliena poniéndose como observador humano.

La distinción 'yo'/mundo, específicamente humana, se pone al interior del proceso de

aprendizaje del lenguaje; esta sucede por lo tanto, necesariamente, en un contexto de interacciones con otros observadores humanos, con otros sujetos hablantes. Es al interior de tal interacción, y a partir de tal interacción, que la distinción que funda la subjetividad puede instalarse.

Por esto la distinción originaria observador/observado es ante todo, en la historia de cada uno, una distinción yo/tú, o yo/otro.

Es en la relación con el otro y desde la relación con el otro que el infante emerge como sujeto humano.

Esto significa que, en el proceso dinámico de emergencia (ex-istencia) del 'yo' respecto de la circularidad de las interacciones primarias, se instala un otro Real: un Otro.

De hecho, como se ha visto, el infante distingue entre sí y un 'mundo' según una modalidad peculiar de puntuar las relaciones o de computar la realidad; es decir, según premisas implícitas que son, para el observador, características objetivas del mundo: son, entonces, Reales.

Esto vale, precisamente, en primer lugar en relación a otros significativos. Por ejemplo, donde el infante se ponga como observador humano según premisas paranoides (es decir, al interior de un contexto relacional primario que él puntúa como persecutorio), será por necesidad ciego al carácter de arbitrariedad lógica de tales premisas; en consecuencia, desde su punto de vista, será el otro el que será, objetivamente, persecutorio. En el ponerse como observador de mapas individuales el sujeto pone, en este caso, un Otro persecutorio que encontrará en cada 'otro' conocido y descrito según las premisas implícitas.

Las premisas son lógico-emotivas. 'Lógicas' en cuanto introducidas por el lenguaje (logos), y en tanto forman una visión del mundo, una epistemología (2). 'Emotivas' en cuanto se refieren ante todo a un Otro.

El otro viene por lo tanto a ponerse, para el observador, sobre tres niveles distintos:

1. el otro objetivo, que no es conocible;
2. el otro, que es otro según los mapas del sujeto;
3. el Otro, que es otro puesto desde las premisas que necesariamente informan los mapas del sujeto.

Como hemos visto, por ejemplo, un 'yo' paranoide será necesariamente correlato de un Otro persecutorio que el sujeto reencontrará en cada otro significativo.

El 'yo' es, por lo tanto, siempre circular 'yo'/Otro. El ponerse del individuo biológico como 'yo' es necesariamente correlato al poner un Otro. El 'yo' emerge como correlato a un Otro que asume las características propias de las premisas lógico-emotivas según las que se conjuga, para aquel observador, la distinción originaria que lo pone como sujeto.

Estas últimas consideraciones nos permiten sugerir que un grupo humano altamente significativo (como la familia) se caracteriza del modo siguiente: en esto, para cada observador, el 'otro' (el otro observado según los mapas del observador) puede superponerse al Otro puesto desde las premisas que guían implícitamente el cómputo de los mapas mismos. Quizás, en una medida cualquiera, tal superposición está siempre presente; por esto se vuelve necesario, para el hombre, lo que Freud ha llamado 'trabajo de luto'.

El cortocircuito entre el nivel en el que se pone, para el observador, el 'otro', y el nivel en el que pone el Otro, puede ser hipotetizado como fundamento lógico del síntoma, modalidad comunicativa específicamente humana.

En otros términos: la ceguera lógica que caracteriza necesariamente al observador humano se pondría como premisa de la posibilidad del síntoma.

Referencias

1. Bateson, G., *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantine Books, 1972.
2. Bateson, G., *Mind and nature: a necessary unity*. New York: E. P. Dutton, 1979.
3. Bianciardi, M., "Il concetto di doppio legame: una proposta di revisione logica". *Terapia Familiare*, 26, 1988.
4. Bocchi, G., Ceruti, M. (eds.), *La sfida della complessità*. Milano: Feltrinelli, 1985.
5. Ceruti, M., *Il vincolo e la possibilità*. Milano: Feltrinelli, 1986.
6. Ceruti, M., "La costruzione del soggetto e il soggetto della costruzione". *Intersezioni*, 3, 1986.
7. Dell, F.P., "Understanding Bateson and Maturana: toward a biological foundation for the social sciences". *Journal of Marital and Family Therapy*, vol. 11, 1, 1985.
8. von Foerster, H., *Sistemi che osservano*. Roma: Astrolabio, 1987.
9. Hofstadter, D.R., *Godel, Escher, Bach. An eternal golden braid*. New York: Basic Books, 1979.
10. Keeney, B.P., Ross, J.M., *Mind in therapy: constructing systemic family therapies*. New York: Basic Books, 1985.
11. *Autopoiesis and cognition. The realisation of the living*. Boston: Reidel, 1980.
12. Maturana, H.R., Varela, F.J., *L'albero della conoscenza*. Milano: Garzanti, 1987.
13. Watzlawick, P. (ed.), *Die erfundene Wirklichkeit*. Munchen: R.Piper & Co. Verlag, 1981.